

## Haméd

Recientemente cuando creía que ya me había acostado ha tomado la costumbre de pasar por delante de la entrada de mi cabáña. Yo no lo veía, pero cuando fumaba olía el olor de su cigárrro y el blanco de su húmo se veía atravesando claramente las cañas que formaban mis delgadas paredes.

Nunca llamó a mi débil puerta, por el poblado nunca se me acercó, y al verme desviaba su camino para no cruzarnos. Lo había reconocido, era Haméd, mi gran amor de juventud, el hijo del jardinero real a quien tantas veces había mirado desde mi aposento cuando trabajaba en nuestro jardín. Recuerdo que se esforzaba tanto y tan bien, que daba gusto ver cómo cuidaba a los árboles, bueno la cara de más allá, que le permitía al podarlos estar mirando hacia mi habitación sin que se notara mucho.

Cómo nos reíamos de su fidelidad a esa parte de los árboles. Siempre giraba las macetas de las más bellas flores hacia mí. Entendí que ahora le daba vergüenza el presentarse como leproso y por respeto nunca me acerqué a él a pesar del gran deseo que tenía de saber algo de mis padres.

A los pocos meses de mi estancia en la isla ya eran pocos los hombres que por la noche se acercaban a mi cabáña. Cuando alguno todavía lo hacía, simplemente llamaba y entraba, pero nunca él.

Un día salí y me puse a su lado, escondió su mano izquierda en el bolsillo, giró un poco la cara e intentó alejarse.

—No te vayas, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Haméd

—Nunca he recibido tu visita, ¿no te gusta?

—Sí y te veo más que ninguno y daría por ti mi vida entera, sin embargo no tengo lo que me hace falta para atravesar esa puerta.

—Sé que al principio os era bastante difícil el escoger al que esa noche viniéramos aquí, pero como puedes ver, ya pocos vienen. ¿Qué es lo que te falta?

—Tu cariño...

—Ven, acompáñame, vámos a paseár por la pláya, ¿de dónde éres?

—No me has reconocído, soy el hijo del jardinéro de tu palácio.

No quisé reconocér que ya lo sabía.

—¡Haméd, el cuidador de nuéstro jardín, qué gústo el vértelo! Díme, cómo están mis pádres.

—Tu mádre murió de péna cuando desapareciste, y tu pádre si bién muy viéjo, sígue reinándo con amór. Suspira por saber de ti, crée que estás muérta, le daría úna gran alegría el conocér que estás bién, péro entiéndo que no lo has hécho porque no has podído.

—¿Cómo me reconociste?, de hécho, ¿cómo sábes que apariéncia tenía yo?

—Úna nóche, muy tárde, salíste al jardín a cogér únas flóres, yo estába escondído y tú pensándo que nádie te vería, retiráste el vélo. Había vísto tántas véces tus ójos cuando désde tu habitación mirábas al jardín, péro núnca tu cára.

—¿Cómo llegáste aquí?

—Abandoné palácio, le díje a mis pádres que quería conocér el mundo, no quíse que éellos supiéran que había contraído la lépra que ya comenzába a notárse y que además por éello perdiésen su trabájo como jardinéros.

Viajé un póco. La génte al sospechár que yo estába enférmo, éra tal el horrór que generába a los que me veían, que la cantidad de insúltos, málos trátos, pedrádas que recibía pára que me alejára éra incesánte. Así tomé la decisió de venír a ésta ísla en donde al ménos en éso, tódos sómos iguáles.

—Cuéntame de tu vída aquí.

Como ya sábes los inícios aquí son muy difíciles. Al llegar, si los que te tráen ya no te han matádo o robádo, y has lográdo llegar hásta la pláya vívo, lo póco que posées te lo quítan, especiálmente las medicínas o plántas medicinales, aquí al no haber médicos se aprécian múcho, áun que la mayoría son estáfas, prodúctos sin bási medicinal, también el dinéro o jóyas. Te déjan sólo lo estrictamente personal. Tódo te lo quítan, según dícen y créo que es bastánte ciérto pára las necesidádes comunáles. Luégo te explícan cómo

trabajar para conseguir perlas o madreperlas en el mar o alguna piedra semi preciosa en las minas según tu capacidad o estado físico. No me ha ido mal, ya que me encuentro bastante bien, y colaboré mucho. Pero lo que nos venden los comerciantes que vienen por barco nos sale muy caro, y a veces tenemos muchos problemas para conseguir los alimentos necesarios y en mi caso las semillas o plantas.

Poco a poco me he convertido en el hortelano y jardinero de los pocos vegetales y flores que esta tierra tan difícil nos deja cultivar, y así sigo colaborando con todos, y me siento muy bien. No arrastro los pies o cojeo, veo bien, sólo tengo mi mano izquierda agarrotada y en mi cara se ve un poco la lepra, pero la enfermedad con el tiempo ira a más. Me han contado los viejos, que al inicio fue mucho peor, que para robarles lo que traían, normalmente mataba a los que llegaban, luego aprendieron que si no eran más, se unían y se organizaban para controlar a los comerciantes, no sobrevivirían. El tratar con los de los barcos en conjunto, simplificó todos los acuerdos y hasta resultaron mucho más beneficiosos para ambas partes en costes y frecuencia.

—Ya sabía yo algo de que estabas metido en lo del cultivo. O sea que las verduras y algunas frutas frescas que como, las cultivas tú. Te felicito.

—Sí, todo lo que produzco, a su tiempo lo llevo a la casa común, allí lo reparten, los niños son los más beneficiados, pero a veces en tiempos de buena cosecha la naturaleza produce tanto de algunas cosas, que todos podemos disfrutar de ellas. He tenido mucha suerte con las habas, berenjenas y alcachofas, ¡Ay! Pero mi éxito es con los niños, por las fresas.

Quería preguntarte algo Nara, es imposible que sea cierto, pero si no lo hago, nunca me lo perdonaré, sé que es algo muy infantil, pero a mí me importa. Entonces eras muy joven y sería un capricho, o porque yo era el único joven que veías con más frecuencia. ¿Es cierto que yo te gustaba?

—Haméd, no sólo me gustabas, estaba enamorada de ti. Siempre mirándote por la ventana y viéndote trabajar especialmente cuando cantabas. Y tú piensas que cuando bajé al jardín y se me cayó el vélo, ¿que fue un descuido? Te había visto y quería que me vieras.

Luégo partí en el viáje que mi pádre me pidió, conocí a mi compañéro de infortúnio. Nuéstra felicidad duró muy póco, lo matáron los traficántes de esclávos, y a mí me trajéron aquí y me vendiéron a vosótro.

—Sí, nos portámos muy mal contigo, péro póco a póco te has ganádo el apréicio de tódos. Tus cláses a los niños y mayóres te ha creádo múchos amígos. Los pequéños que afortunádamente no tiénen la lépra es lo único que tódos vémos con futúro, son los hijos de tódos... ya que múchos han perdído a sus pádres. No hay séres más felíces y querídos en el múndo, que los pequéños de aquí.

Y lo que tódos admíran es que a pesár de lo que te hémos obligádo a hacér, has conseguído que hásta las mujéres no téngan célos de ti, éres extraordinária.

Te voy a contár por qué he venído cáda nóche hásta aquí. Háce póco nos reunímos tódos, y se aprobó, lo que ya tácitamente se háce, retirár nuéstra exigéncia a tu aceptación de recibírnos cáda nóche. Nádie aceptó el encárgo de decírtelo, ya que pensáron con vergüénza que éso, núnca había de haber sucedído, al fin me lo pidióron a mí, úno de los pócos créo, que con capacidád de

visitárte, núnca lo ha hécho. Péro me ha costádo hacérlo.

¿Qué piénsas hacér Nára?, no éres leprósa, y ya no tiénes ninguna obligación de permanecér aquí.

—Haméd, no me será fácil abandonár la ísla, en donde por lo demás me siénto muy bién, áunque parézca increíble, me siénto líbre aquí. A pesár de lo mal que sómos tratádos por la humanidad, considerádo el sufrimiénto con el que debémos vivír, la génte aquí es múcho más humana que algúnos de los comerciántes y marínos que viénen a explotár nuéstro dolór.

—Tiénes razón, cómo deseavía, el poder ayudár a la génte de ésta ísla. Necesitámos tánto a un médico, comída adecuáda, profesóres, tal vez alguna autoridád, líbros y múcho respéto y comprensión. Álgo que todavía nos hága sentir que sómos humanos.

—Los mercadéres no me aceptarían de regréso en sus bárcos por múcho que les pagásemos. Ya sábes, hásta quéman las bárcas con la que nos tráen la comída y rópa pára no tenér



que subírla al bárco después de habér estado en contácto con nosótro en la ísla.

—Sí Nára, me contáron que algúno pagó pára que se lo lleváran en úno de los bótes con que nos tráen la comída, atádo detrás del bárco. Núnca se súpo si los pócos lócos que lo intentáron lo lográron, ya que los mercadéres núnca mencionán el resultádo, es cruel pensár así, péro tal vez éra pára conseguír más cliénte. Si bién ni fálda que hacía, la gran distáncia éntre la ísla y el continénte, las torméntas tan frecuénte háce que séa cási imposible el lográrlo. La última vez que se intentó, apénas salír de la bahía, el bóte dió un vuélco inesperádo, el hómbré cayó al água y fué devorádo por los tiburóne delánte de tódos nosótro. El horrór víno un póco después, al ver que un niño se había escondído éntre los víveres y debájo de las mántas pára podér también escapár. Tal fué la conmoción, los llóros del niño y los grítos de tódos nosótro, que hásta a los mercadéres se les ablandó el corazón, bajáron un bóte, y empujáron la bárca con el niño hásta la pláya. Ésto es úna ísla sin salída, más que maldíta, tiéne tódas las riquézas que no necesitámos y náda de lo básico que nos es tan indispensable. Donde los de afuéra no quiéren entrár y los de adéntro no puedén salír.

—Haméd, no sabes cuánto daría yo por poder ver a mi padre y decirle que estoy bien. Pero no me quedaría allí, ya tengo poco que ver con la vida de palacio, y mi estancia en esta isla no le ayudaría en su gobierno.

Pensé pagar a algunos de los marinos para que llevarán la noticia a mis padres de que estaba viva. Si se lo pedía y pagaba a suficientes de ellos, tal vez alguno... por compasión, si pasaba por el palacio cumpliría el encargo y se lo diría... pero nunca lo hice. Sé que además también sabrían en dónde y en qué condiciones vivo y por ello su pena sería mayor que creyéndome muerta. También tendría que delatar mi origen, y no creo que eso fuese muy positivo. Y como prueba de que el mensaje lo enviaba yo, sólo tengo una aguja de oro que mi madre me regaló y que siempre he guardado escondida en mi pelo, es mi único tesoro y recuerdo de ellos, y no quería perderlo.

Y es que amo tanto mi trabajo con los niños aquí, que no sabría cómo vivir sin ellos, y al fin me he dado cuenta que lo que más deseo en esta vida es tener un hijo.

—Sí Nára, yo pensé lo mismo, me planteé, sin que tú lo supieses avisarle a tu padre a través de

los míos de que también estabas viva, pensaba decírles que también «la de los ojos azules» vivía. Pero varios de nuestros compañeros me lo desaconsejaron. Hace años, varios lo intentaron y alguna familia hasta logró llegar hasta aquí. Por el camino perdieron riquezas, salud, y al llegar y viendo lo que veían, no quisieron desembarcar sabiendo que no podrían regresar. Muéstras de mucho amor, pero también de humillación y sufrimiento innecesario por parte de los que llegaban, y de los que estaban aquí. Así se decidió no permitir nunca más que se repitiése ese doloroso trance.

—¡Haméd!, no sabes lo mucho que te agradézcó que hayas pensado en mí. Véó que por nuestros pádres haríamos lo que fuése.

—Nára, olvidémos por algún tiempo, esos pensamientos tristes, me encantaría mostrárte mi huérto, por qué no vienes mañana a vérlo, no sabes cuánto he deseádo mostrárte mis flóres estando tú delante de mí. Y téngo algunas frútas que cási igualan a las de tu jardín.

—Sí, y me gustaría llevár a mis niños, a algunos no los conóces ya que nunca has venido a cláse. Aprenderían mucho allí. Vénga, que tenemos

múcho de que háblar, sin ventánas y árboles de por  
medio.

\* \* \*